

Ética de los medios de comunicación después de la COVID-19: repensar la disciplina a la luz del caso de las teorías conspirativas antivacuna

Joaquín Suárez-Ruíz

Universidad Nacional de La Plata

E-mail: jsuarez@fahce.unlp.edu.ar

Resumen

Un fenómeno de particular relevancia internacional paralelo a la pandemia de COVID-19 ha sido la ‘infodemia’ ligada a ella, especialmente las teorías conspirativas antivacuna. Una de las disciplinas que potencialmente podría ofrecer posibles soluciones a los riesgos surgidos de la infodemia es la Ética de los medios de comunicación (EMC). No obstante, las producciones vinculadas a esta disciplina han sido sumamente escasas en los últimos meses. La hipótesis de este artículo reside en que dicha escasez es indicio de un problema metateórico que va más allá de la situación actual. Para confirmar dicha hipótesis se anali-

zarán investigaciones sobre el vínculo entre sesgos cognitivos y teorías conspirativas, así como también cómo dichos sesgos se relacionan con la posverdad y las *fake news*. Según se argumentará, el problema metateórico de la EMC, correlacionado con la escasez de producciones en los últimos meses de particular urgencia para nuestro contexto, se debe a un descuido de las características propias de la cognición intuitiva derivado de la metodología tradicional en las Éticas aplicadas, a saber, la aplicación de criterios normativos que suponen un modelo racionalista de la formación de juicios morales.

Palabras clave: ética de los medios de comunicación; teorías conspirativas; sesgo cognitivo; posverdad; fake news; juicio moral.

Data de submissão: 2020-09-30. Data de aprovação: 2021-04-16.

Revista Estudos em Comunicação é financiada por Fundos FEDER através do Programa Operacional Factores de Competitividade – COMPETE e por Fundos Nacionais através da FCT – Fundação para a Ciência e a Tecnologia no âmbito do projeto *LabCom – Comunicação e Artes*, UIDB/00661/2020.



Media ethics after COVID-19: rethinking the discipline in light of the case of anti-vaccine conspiracy theories

Abstract

A phenomenon of international relevance parallel to the COVID-19 pandemic has been the 'infodemic' linked to it, particularly the anti-vaccine conspiracy theories. One of the disciplines that could potentially offer possible solutions to the risks arising from the infodemic is media ethics. However, productions related to this discipline have been extremely scarce in recent months. The hypothesis of this article resides in the fact that said scarcity is an indication of a meta-theoretical problem that goes beyond the current situation. To test this hypothesis, research on the link between cog-

nitive biases and conspiracy theories will be analysed, as well as how these biases are related to post-truth and the fake news that characterize the current infodemic. As will be argued, the meta-theoretical problem of media ethics, correlated to the shortage of productions in recent months of particular urgency in our context, is due to a neglect of the characteristics of intuitive cognition derived from the traditional methodology in applied ethics, namely the application of normative criteria that suppose a rationalistic model of the formation of moral judgments.

Keywords: media ethics; conspiracy theories; cognitive bias; post-truth; fake news; moral judgement.

Introducción

TRAS la búsqueda de una vacuna que permita prevenir nuevos contagios de COVID-19 no sólo hay una preocupación por el cuidado de las poblaciones humanas, sino también numerosos intereses de distintos órdenes. De hecho, es posible afirmar que entre los diferentes países que son hoy potencia mundial existe una carrera por conseguir el crédito de ser aquella nación que consiguió la solución a la pandemia del 2020 (Moon, 2020). Sin dudas, este logro otorgaría un gran prestigio internacional para el país victorioso que se traduciría en beneficios económicos y políticos. Paralelamente, ha surgido cierta inquietud respecto de cuál será el rol que poseerá el 'sur global' en la recepción de las dosis necesarias para sus poblaciones, dado que existe la posibilidad de que las regiones que lo componen queden a merced, justamente, de los intereses de las grandes potencias (Rodríguez Mega, 2020).

Ahora bien, es preciso distinguir claramente entre, por un lado, la carrera económico-política que subyace al desarrollo de la vacuna y, por otro lado, las teorías conspirativas (TC) que han emergido y se han difundido en los últimos meses. Se ha llegado a afirmar, como sucedió con la denominada 'conspiración Bill Gates', que tras su manufactura se esconde un plan de control global del cual ningún individuo quedará

libre, por el hecho de que se inoculará no sólo el agente que estimula la producción de los anticuerpos indicados sino también un mecanismo de rastreo permanente (Georgiou *et al.*, 2020). Otras TC a primera vista más verosímiles, afirman que la nueva vacuna poseerá resultados funestos similares a los obtenidos con algunos casos vinculados a la vacunación contra la poliomielitis (Badur *et al.*, 2020). No obstante, todas ellas se caracterizan por fundarse no en un análisis detallado y cuidadoso de la evidencia disponible sino en una rápida apelación a las emociones del lector y/o espectador, lo cual favorece la preeminencia de ciertos sesgos cognitivos por sobre el pensamiento racional (Browne *et al.*, 2015).

Quizás uno de los mayores problemas derivados del asentamiento de las perspectivas conspirativas, es el hecho de que muy probablemente un número importante de individuos se mostrará reacio a recibir la vacuna, lo cual dificultará, a mediano o largo plazo, la efectividad de la ‘inmunidad de rebaño’ (Teovanovic *et al.*, 2020). Al contemplar esta posibilidad como un horizonte cercano, desde la Organización Mundial de la Salud (OMS) han afirmado que actualmente estamos “luchando no sólo contra una epidemia, sino también contra una infodemia. Las *fake news* se propagan más rápido y más fácilmente que el virus, y son igual de peligrosas”¹ (Naughton, 2020).

Siendo que las *fake news*² muestran ser un factor importante en la producción y reproducción de las TC (Ahmed *et al.*, 2020), uno de los sectores con mayor responsabilidad en el impedimento de su propagación son los medios masivos de comunicación.

Es preciso partir del hecho de que el contexto mediático actual posee particularidades que se alejan mucho ya de las que caracterizaban a medios como los periódicos, la televisión o la radio. Con la expansión del Internet, en la última década se ha establecido un nuevo paradigma de la información que ha sido condición de posibilidad para la emergencia de las *fake news*, a saber, la ‘posverdad’ (Cosentino, 2020). Los medios de comunicación, por tanto, representan una espada de doble filo en este contexto, ya que si bien contribuyen a una distribución rápida de la información relacionada con los métodos de prevención del contagio, también facilitan la distribución de información errónea y/o manipulada (Zhao *et al.*, 2020).

Teniendo en cuenta la preeminente influencia de los medios en la situación de urgencia que actualmente estamos atravesando, una disciplina que muestra ser fundamental en la búsqueda de soluciones para la reproducción de TC antivacuna es la Ética de los medios de comunicación (EMC). La metodología tradicional utilizada en esta disciplina es la de una Ética aplicada, en la cual se busca determinar el criterio correcto para solucionar problemas de orden moral, en este caso vinculados a la información que es distribuida en los medios de comunicación contemporáneos, re-

1. De ahora en más, las citas seguidas de un asterisco (*) indicarán que la traducción es propia.

2. Aunque suele traducirse como ‘noticias falsas’, en este artículo utilizaré el anglicismo por el hecho de que el término ha tomado una connotación técnica que puede perderse con su traducción al español.

curriendo a las diversas Éticas normativas (deontológica, utilitarista, etc.) (Patterson y Wilkins, 2019).

Ahora bien, a la luz de las producciones científicas surgidas en los últimos meses, tanto las relacionadas con las TC como con el paradigma posverídico de la información, la EMC no ha sido una disciplina visitada. Quizás uno de los motivos de esta ausencia se deba al hecho de que, dada la urgencia de conseguir soluciones rápidas ante la pandemia vigente, se ha priorizado la descripción de tendencias a nivel psicológico por sobre ideales prescriptivos. Un ejemplo insoslayable de este tipo de investigación descriptiva con fines preventivos es un artículo publicado en la revista *Nature Human Behaviour* a fines de abril de 2020, denominado *Using social and behavioural science to support COVID-19 pandemic response* (Van Bavel *et al.*, 2020). En dicho texto, firmado por 42 investigadores de renombre internacional, se hace hincapié en una cuestión de vital importancia para hallar vías posibles de acción contra las TC: si lo que se busca es encontrar el origen de su efecto persuasivo, resulta imprescindible no limitar el análisis a dichas teorías o a los medios en sí mismos, sino extenderlo hacia los sesgos cognitivos que son favorecidos por ellas.

Más allá de los importantes aportes científicos mencionados, resulta llamativa la escasez de estudios sobre EMC a la hora de combatir una ‘infodemia’. Más específicamente, aunque esta disciplina debería poseer un rol cardinal en la búsqueda de soluciones a la propagación de las TC antivacuna, parece tener un rol subsidiario, si no inexistente, en la literatura especializada del presente. La hipótesis que defenderé en este artículo para comprender el porqué de dicha ausencia es la siguiente: el hecho de que la presencia de la EMC se haya vuelto prescindible para este tipo de casos, se debe a un supuesto inherente a gran parte de las Éticas normativas de las que esta disciplina aplicada obtiene sus criterios de corrección moral. El supuesto en cuestión es el ‘modelo racionalista’ de la formación de juicios morales, actualmente evidenciado como anacrónico a la luz múltiples investigaciones provenientes de la psicología moral (p. ej. Haidt, 2001; Kahneman, 2012; Brand, 2016).

Entonces, partiendo del estado de la cuestión desarrollado, el objetivo general de este artículo será analizar un modelo de formación de juicios morales alternativo al supuesto por la EMC tradicional, el ‘modelo intuicionista social’ de Jonathan Haidt (2001), con el fin de incluir en su metodología de análisis estudios científicos contemporáneos como los mencionados más arriba y, en consecuencia, favorecer la búsqueda de soluciones a un problema de suma urgencia, a saber, la reproducción de TC antivacuna. En el primer apartado comenzaré analizando el vínculo entre sesgos cognitivos y TC. En el segundo, a partir de explorar cómo el paradigma posverídico en general y las *fake news* en particular generan un medio propicio para la propagación de TC, analizaré el rol de la EMC tradicional frente a dicho contexto. Finalmente, en el tercer apartado consideraré un modelo de la moral que resulte congruente con

investigaciones actuales sobre los sesgos cognitivos tras las TC antivacuna, para así considerar estrategias posibles a ser incorporadas en la EMC.

Los sesgos cognitivos tras las teorías conspirativas

En términos generales, las TC buscan “explicar las causas últimas de circunstancias y eventos sociales y políticos significativos con la afirmación de que existen complots secretos de dos o más actores poderosos”* (Douglas *et al.*, 2019, p.4). En el contexto contemporáneo, dichas teorías han demostrado ser un fenómeno de particular relevancia a la hora de considerar posibles inconvenientes en la prevención del contagio del SARS-CoV-2 (*severe acute respiratory syndrome coronavirus 2*). Tal como señala la periodista Emma Grey Ellis, a la luz de los testeos de opinión en redes sociales y otros medios, la pandemia actual ha evidenciado ser “una capsula de Petri para las teorías conspirativas”* (2020).

Vale resaltar desde un principio que la creencia en este tipo de teorías dista de ser nada más que un entretenimiento surgido del exceso de tiempo libre, ya que se correlaciona con comportamientos y prácticas concretas de potencial riesgo para la salud pública. Algunas de ellas son:

- Búsqueda de remedios alternativos potencialmente perjudiciales (Čavoјová *et al.*, 2020; Oliver y Wood, 2014).
- El no seguimiento de las normas del distanciamiento social (Pummerer y Sassenberg, 2020).
- El no seguimiento de las recomendaciones de salud pública en general (Imhoff y Lamberty, 2020; Oliver y Wood, 2014).
- Hostilidad hacia grupos que se consideran los enemigos (Kofta y Sedek, 2015).
- Resistencia a la vacunación (e.g., Setbon y Raude, 2010; Ghinai *et al.*, 2013; Schmidt *et al.*, 2018; Pulido *et al.*, 2020).

Un aspecto central de las TC es el hecho de que ofrecen respuestas simples a problemas complejos (Marchlewska *et al.*, 2017). Según Kossowska y Bukowski (2015), frente a un contexto social dificultoso, las TC habilitan un modo de pensar cerrado, seguro y estructurado que proporciona rápidamente una sensación de certeza sobre las características del acontecimiento en cuestión. A su vez, tal como afirma Marchlewska *et al.* en un artículo más reciente (2018), los individuos con mayor necesidad de ‘cierre cognitivo’, esto es, de obtener una respuesta que no deje ningún espacio a la incertidumbre, fueron más propensos a confiar en las TC.

Un fenómeno paralelo a la búsqueda de cierre cognitivo, es el hecho de que aparentemente a medida que se agudizan las características de una crisis, aumenta la susceptibilidad a creer en las TC (Van Prooijen y Douglas, 2017). Los sentimientos vinculados a la pérdida de control ante la suma de dificultades diversas, como la inseguridad sobre la continuidad laboral o la salud de los familiares, motivan la búsqueda de respuestas que permitan otorgarle sentido subjetivo a este tipo de eventos confusos

(Abalakina-Paap *et al.*, 1999; Imhoff y Bruder, 2014). A su vez, tal como afirma Van Bavel *et al.* (2020, p.5), este punto permite predecir que a medida que se agraven las características de la pandemia provocada por el nuevo coronavirus, surgirán y se difundirán nuevas TC.

Lo contradictorio de esta articulación entre la profundización de las crisis, la búsqueda de cierre cognitivo y la creencia en TC es el hecho de que el cierre proveído por las perspectivas conspirativas en realidad no reduce los sentimientos de inseguridad, miedo e incertidumbre, sino todo lo contrario: fomentan la ansiedad y la sensación de impotencia (Van Prooijen y Douglas, 2017, p.328). Este efecto contraproducente generaría una suerte de círculo vicioso en el cual la necesidad de respuestas lleva al compromiso con las TC que generan aún más ansiedad y, consecuentemente, convergen en la creencia en otras TC y/o un mayor compromiso con las ya aceptadas (Douglas *et al.*, 2017, p.539).

Otro punto importante es la fuerte identidad de grupo generada por el compromiso con una TC. Esto es, la necesidad de un cierre cognitivo en situaciones de crisis correlacionada con la creencia en una conspiración global se vincula con marcadas distinciones entre aquellos individuos pertenecientes al grupo y los que no (Marchlewska *et al.*, 2018, p.4). Este sentido de pertenencia está relacionado con la predominancia de los comportamientos competitivos por sobre los cooperativos con aquellas personas que no forman parte de la comunidad que cree en la/s TC (Golec de Zavalá, 2008).

Una correlación importante de esta oclusión hacia el interior del grupo es el desinterés moral para con otros grupos de individuos escépticos de esas teorías, así como un efecto fuertemente moralizante de los diversos aspectos intra-grupales (Cichocka *et al.*, 2015). En relación con esto, resulta de particular importancia la investigación de Brady, Crockett y Van Bavel (2020), quienes generaron un modelo psicológico con el fin de comprender las características de este efecto moralizante en las redes sociales, denominado “modelo de motivación, atención y diseño” (MAD). En relación con las TC antivacuna, los autores afirman:

(...) Una red social que se forma sobre la base de preocupaciones sobre un tema moral específico mostrará una captura atencional amplificada para cualquier contenido que haga referencia a ese tema específico. Por ejemplo, los usuarios integrados en las redes sociales que están compuestos por defensores de las teorías antivacunas (que consideran que las vacunas son moralmente incorrectas debido a su supuesto daño) se sienten especialmente atraídos por el contenido relacionado con los efectos de las vacunas y específicamente por el contenido que respalda su moral.* (2020, p.17)

A la luz del análisis de estos investigadores, otro de los puntos cruciales a tener en cuenta para comprender las características psicológicas y sociales tras las TC es la captura de atención que provocan. Una vez que la información errónea atrapa la atención del lector y/o espectador, favorece las condiciones para un compromiso mo-

ral con el grupo de creyentes en dicha teoría, lo cual traza una marcada distinción entre un Nosotros (los que saben la verdad) y un Ellos (los incautos y/o escépticos) (Brady *et al.*, 2020, p.8). Dicha captación de la atención se correlaciona con características socio-emocionales previas al procesamiento racional y consciente, es decir, con sesgos cognitivos (Van Bavel *et al.*, 2020, p.3).

El modelo MAD es señalado como de particular relevancia en el artículo de referencia *Using social and behavioural science to support COVID-19 pandemic response* (Van Bavel *et al.*, 2020), lo cual explicita su pertinencia a la hora de comprender las características de la distribución de la información en la pandemia actual. A su vez, este modelo es un constructo teórico que hunde sus raíces en un modelo psicológico anterior y más general, también citado en Van Bavel *et al.*, 2020. Me refiero al ‘modelo intuicionista social’ del juicio moral desarrollado por Jonathan Haidt en un ya famoso artículo denominado *The Emotional Dog and Its Rational Tail: A Social Intuitionist Approach to Moral Judgement* (2001). Tal como argumentaré en el tercer apartado, el modelo de Haidt resulta particularmente relevante tanto para analizar las características de la creencia en las TC como así también para repensar los aspectos contemporáneos de la EMC.

En el próximo apartado desarrollaré las dificultades que la EMC enfrenta en la era de la posverdad, centrándome especialmente en cómo este nuevo paradigma de la información se articula con sesgos cognitivos que son potenciados por fenómenos como las *fake news*.

Una suma de sesgos: la EMC en el paradigma posverídico

El análisis crítico del concepto ‘verdad’ es tan antiguo como la filosofía misma. Se emparenta con las prístinas discusiones gnoseológicas entre filósofos y sofistas, entre relativistas y universalistas o entre escépticos y dogmáticos. De modo que, a la luz de las características que suelen atribuírsele a la ‘posverdad’, es válido interrogar por qué la discusión sobre la relativización de la verdad suele ser presentada como una diatriba nacida en la contemporaneidad. Por ejemplo, examinando las características del debate, especialistas de la ‘posverdad’ como Lee McIntyre e Ignas Kalpokas se preguntan si acaso el estadio actual no consiste, más bien, en una suerte de ‘preverdad’ (McIntyre, 2018, p.165) o en un regreso a estadios primigenios del vínculo con la ‘verdad’ (Kalpokas, 2019, p.2). Ambos coinciden, no obstante, que hablar de un paradigma posverídico tiene pertinencia en la medida en que permite enfatizar el rol fundamental que los medios masivos de comunicación ejercen en esta relativización de la verdad o, más específicamente, en la manipulación de la información verídica y en la verosimilitud de la información falsa.

Frente al rol fundamental que poseen los medios masivos en el establecimiento de la posverdad y a pesar de la escasez en los últimos meses de producciones vinculadas, la EMC evidencia ser un ámbito de investigación fundamental en la búsqueda

de soluciones posibles, dado que se ocupa específicamente del nivel normativo tras la utilización de medios comunicacionales. El enfoque metodológico tradicional de esta disciplina es el de una Ética aplicada que, a partir de los criterios normativos de diferentes Éticas filosóficas, analiza las diversas prácticas, actividades y casos específicos vinculados con los medios de comunicación. Generalmente, las producciones ligadas a ella analizan distintas situaciones que ponen en juego problemas de tipo moral para luego analizar cuál es el criterio normativo más adecuado en la determinación de la motivación, decisión y/o acción correcta en la búsqueda de soluciones posibles (por ejemplo, Patterson *et al.*, 2019).

Tomando como referencia el enfoque tradicional ofrecido por Christians *et al.* (2017 [1983]), autores de uno de los libros más citados sobre EMC, las Éticas filosóficas fundamentales de las cuáles se obtienen los criterios normativos que son aplicados a los casos particulares son:

- La Ética de la virtud aristotélica y el término medio entre dos extremos.
- La Ética deontológica kantiana y el imperativo categórico.
- La Ética utilitarista y la maximización imparcial de la felicidad.
- El contractualismo rawlsiano y el velo de la ignorancia.³

Una de las sub-disciplinas más trabajadas de la EMC que sigue esta metodología aplicada es la Ética del periodismo. De hecho, en los procesos actuales de revisión al interior de esta sub-disciplina es posible hallar pistas sobre por qué la EMC en general parece haberse quedado atrás en la discusión contemporánea. En la Ética periodística, si bien hasta fines del siglo XX predominó el paradigma de la ‘veneración del hecho’ (*veneration of the fact*) (Stephens, 1997, p.244), esto es, el ideal normativo de un periodismo que siempre tiende hacia la verdad de los hechos, fue sobre todo a partir de estas últimas dos décadas que la situación comenzó a cambiar. Con la posverdad como fenómeno instalado en los medios actuales, la veracidad de los hechos muestra ser una cualidad sumamente difícil de determinar, dado que sin importar cuán detallado se haga un registro este parece quedar a merced de las múltiples técnicas de manipulación surgidas en los últimos años (Iyengar y Massey, 2019). Ahora bien, ¿qué particularidades se ocultan tras la posverdad que permiten considerarla como el indicio de un cambio profundo en la vida contemporánea y no, más bien, como la reactualización de una antigua discusión filosófica?

En su libro *Post-truth rhetoric and composition* (2017), el investigador Bruce McComiskey ofrece un sintético y lúcido enfoque de las características de la posverdad partiendo, justamente, de la antigua distinción entre *Logos*, *Pathos* y *Ethos*. Según su perspectiva, el *Ethos*, en cuanto la persuasión que es ejercida por el carácter del orador, y el *Pathos*, en cuanto la apelación a las emociones del auditorio más que a su

3. Vale decir que también existen Éticas normativas alternativas a las tradicionales, como la Ética del cuidado (Sander-Staudt, 2018) o las Éticas feministas (Steiner, 2009), que son utilizadas como criterio normativo en la EMC. En este artículo centré mi crítica, ante todo, en las Éticas filosóficas tradicionales que predominan en esta disciplina.

capacidad de razonamiento, han terminado por ocultar por completo la dimensión del *Logos*, esto es, la búsqueda de representar los hechos de manera precisa, la argumentación lógica y el razonamiento válido. Sentadas estas bases, no sólo el orden de la verdad desaparece sino incluso el de las falacias, dado que al no existir una referencia a partir de la cual sea posible caracterizar como falaz un argumento o una descripción de hechos, dicha acusación no tiene sentido. El lenguaje, sentencia el investigador, se ha convertido en una herramienta estratégica para ser usada según sea conveniente a los fines particulares de aquellos que poseen el poder político (McComiskey, 2017, p.6).

La terminología utilizada por McComiskey proviene de la retórica aristotélica. En términos contemporáneos, el *Ethos* se vincularía con aquellos personajes públicos que pueden representar una referencia o, incluso, un guía para un grupo determinado (McComiskey, 2017, p.21). Por ejemplo, el personaje en el cual McComiskey concentra la mayor parte del desarrollo de su libro es Donald Trump y su particular influencia en el sector más conservador de los Estados Unidos (McComiskey, 2017, p.33). El *Pathos*, por su parte, se vincula con las influencias emocionales que injieren tanto en las decisiones como en las acciones individuales (McComiskey, 2017, p.26). Este rol cardinal de lo emocional con el que el investigador norteamericano caracteriza al discurso posverídico se encuentra en sintonía con la definición de 2016 del diccionario de Oxford que legitimó el término ‘posverdad’, a saber, en cuanto “circunstancias en las cuales los hechos objetivos son menos influyentes en la conformación de la opinión pública que la apelación a la emoción y a las creencias personales”*.

Al igual que sucedía con las TC, en lo referido al asentamiento del paradigma posverídico de la información y el importante rol de la apelación a la emoción de los espectadores/lectores, los sesgos cognitivos también evidencian poseer un rol significativo. Siguiendo el análisis de Lee McIntyre (2018), existen cuatro sesgos particularmente relacionados con la posverdad. De manera resumida, estos son:

- Conformidad social: describe la tendencia a ceder a la influencia de las creencias compartidas por el grupo de pertenencia por sobre las creencias individuales (Asch, 1956).
- Sesgo de confirmación: describe la tendencia a favorecer, ante nueva evidencia, las creencias propias por sobre posibles alternativas incluso más plausibles (Wason, 1960).
- Efecto *backfire*: describe la tendencia a desestimar críticas plausibles y a aferrarse a las creencias básicas previas (Nyhan y Reifler, 2018).
- Efecto Dunning-Kruger: describe la dificultad de reconocer la incapacidad propia en relación con determinado conocimiento o actividad (Kruger y Dunning, 1999).

Según Lee, por lo menos estos cuatro sesgos cognitivos subyacen a la susceptibilidad a adoptar creencias que, a pesar de no resultar adecuadas en lo que refiere a los

estándares tradicionales del pensamiento racional y la búsqueda de evidencias, suelen estar presentes en numerosos individuos y grupos que expresan sus opiniones en los diversos medios comunicacionales, especialmente en las redes sociales (McIntyre, 2018, p.62). Su influencia estaría detrás de la negación no sólo de la relevancia de la vacunación, sino también de otras perspectivas igualmente consolidadas a nivel científico como la teoría del cambio climático, la teoría biológica de la evolución o, incluso, la teoría astronómica heliocéntrica (como sucede actualmente con el movimiento ‘terraplanista’) (McIntyre, 2018, p.14).

Una de las formas más nocivas y, al mismo tiempo, más cotidianas cómo se manifiesta el paradigma posverídico de la información son las *fake news*. Tal como precisan Egelhofer y Lecheler (2019), según cómo sea su uso este concepto puede comprenderse en dos sentidos. En primer lugar, es una ‘etiqueta’ cuando es utilizada por parte de algún personaje influyente a nivel político con el fin de desacreditar la información que perjudica sus intereses⁴. En términos de McComiskey, esta acepción se vincularía con la dimensión del *Ethos*. Situaciones en las cuales Donald Trump acusa de *fake news* a las perspectivas críticas de su gestión son un claro ejemplo de ello (Egelhofer y Lecheler, 2019, p.9). En segundo lugar, la noción se entiende como un ‘género’ cuando remite a “información fabricada que imita el contenido de los medios de noticias sólo en su forma, no en su proceso organizativo o intención”* (Lazer *et al.*, 2018). El sentido que supondré de aquí es este último, dado que surge de la acepción más vinculada con la dimensión del *Pathos* y, consecuentemente, con los sesgos cognitivos que subyacen a la emergencia y esparcimiento de las TC antivacuna.

En lo que respecta a la pandemia actual, las *fake news* han demostrado ser un grave riesgo para la salud pública. Un caso que se ha vuelto penosamente famoso ha sido el consumo de metanol o alcohol industrial por parte de centenares de ciudadanos iraníes convencidos de sus propiedades preventivas y/o curativas frente a los efectos del nuevo coronavirus (Alimardani y Elswah, 2020). A raíz de este tipo de acontecimientos, la OMS, sumado a las múltiples prevenciones sugeridas para combatir la pandemia, también ha tomado medidas en contra de la ‘infodemia’. Por ejemplo, se ha desarrollado un *bot*⁵ de WhatsApp que distribuye información oficial para así contrarrestar el efecto de los múltiples *bots* que son gestados para distribuir información errónea (O’Connor y Murphy, 2020).

Resumiendo hasta aquí, al tener en cuenta que los sesgos cognitivos muestran ser una condición necesaria para el establecimiento del paradigma posverídico de la información en general y de las *fake news* en particular, una de las dificultades fundamentales que exhiben las TC antivacuna es el hecho de que, a los sesgos característicos que subyacen a la creencia en dichas teorías, se les suman aquellos que son

4. Vale resaltar que el concepto ‘teorías conspirativas’ también puede ser utilizado como etiqueta, de modo similar a la noción *fake news*. No casualmente, es una estrategia retórica también utilizada por Donald Trump (Dyer, 2020).

5. Programa informático que efectúa automáticamente tareas repetitivas a través de Internet.

favorecidos por el paradigma posverídico que actualmente domina el flujo de información en redes sociales y medios de comunicación en general. En otros términos, los sesgos favorecen las condiciones de, por un lado, la *emergencia* de las TC y, por otro lado, la *difusión* de las mismas gracias a las características de la posverdad.

Tal como se mencionó más arriba, la EMC obtiene su fundamento teórico de los criterios normativos provenientes de Éticas canónicas como el deontologismo, el utilitarismo o el contractualismo. Dichas Éticas generalmente suponen un criterio de corrección moral basado en el razonamiento moral consciente de los individuos. No obstante, habiendo explicitado algunas de las características psicológicas que subyacen a la utilización de los medios de comunicación contemporáneos, el razonamiento consciente suele estar en un segundo plano. Son los sesgos cognitivos los que prevalecen en el proceso. Entonces, a la hora de buscar estrategias en contra la reproducción de las TC en la era de la posverdad, el desafío que enfrenta actualmente la EMC no se limita sólo a las características de los medios en sí mismos, sino que se extiende hacia el componente socio-emocional tras dichos fenómenos.

Teniendo presente el problema metateórico de la EMC recién mencionado, en el apartado siguiente lo analizaré a la luz de un enfoque en psicología moral actualmente muy visitado, me refiero a las teorías de proceso dual (*dual-process theories*). Más precisamente, siendo que en lo que respecta a las TC y a los medios comunicacionales el mecanismo de fondo son los sesgos cognitivos, el ‘modelo intuicionista social’ del psicólogo norteamericano Jonathan Haidt (2001) permitirá explorar posibles vías alternativas al enfoque tradicional de la EMC.

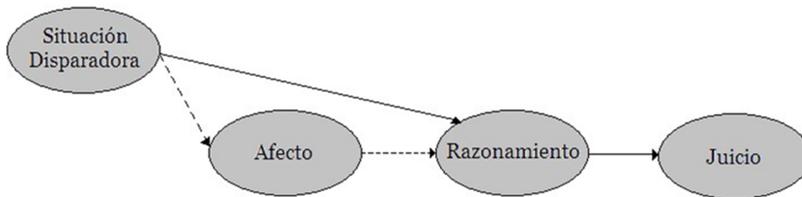
EMC a la luz del modelo intuicionista social de la moral

Algunos investigadores relevantes vinculados a las teorías de proceso dual son, por ejemplo, Daniel Kahneman (2012), Joshua Greene (2013), Jeffrey Tillman (2016) o Cordula Brand (2016). El aspecto común a todas estas teorías es la división entre dos tipos de procesamiento de la información a nivel mental: uno rápido, de procesamiento implícito, preconsciente y vinculado con la intuición; y uno lento, de procesamiento explícito, consciente y relacionado con el razonamiento. La denominación de ambos procesos varía según los diferentes autores. Algunas de ellas son sistema 1 y sistema 2 (Kahneman), proceso automático y manual (Greene) o cognición de tipo 1 y de tipo 2 (Tillman).

Con el fin de desarrollar mi argumento me centraré en la caracterización del proceso dual propuesta por Haidt para el análisis de la formación de juicios morales, quien distingue entre una ‘cognición intuitiva’ y una ‘cognición racional’. Aunque el artículo en el cual se encuentra detallado el modelo ‘intuicionista social’ posee ya 20 años, su vigencia se explicita no sólo a través de su mención por parte de reconocidos científicos como Robert Sapolsky (2017) o Shihui Han (2017), sino que también es la base de numerosas investigaciones de los últimos meses, vinculadas al análisis de los

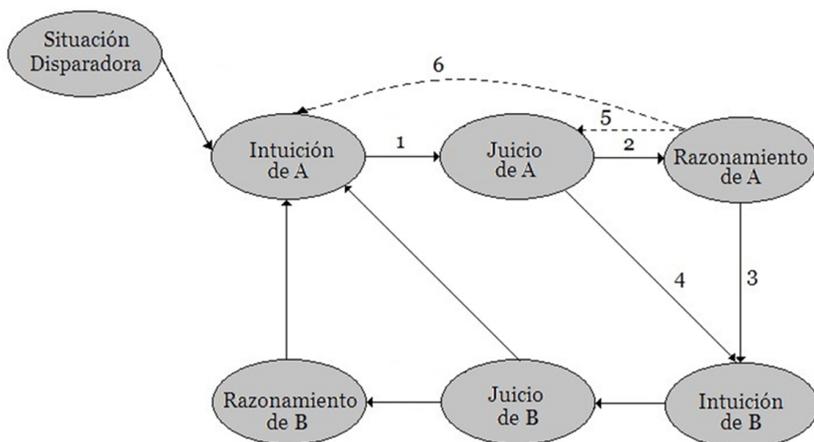
sesgos cognitivos tras las TC (p. ej., Van Bavel *et al.*, 2020; Brady *et al.*, 2020; Bago *et al.*, 2020; Schneider *et al.*, 2020; Harper *et al.*, 2020; Arslan *et al.*, 2020; Martarelli y Wolff, 2020; Jørgensen *et al.*, 2020) .

Haidt caracteriza la perspectiva tradicional de la moral como fundada en un ‘modelo racionalista’, según el cual el razonamiento moral es la causa de los juicios morales. Es decir, según este modelo los individuos llegan a los juicios morales exclusivamente a través de un razonamiento consciente y generalmente realizado en soledad. En dicho proceso, las emociones (o afectos) suelen tener un rol mínimo o incluso nulo. Siguiendo el diseño original de Haidt, dicho modelo se constituye de la siguiente manera:



Tal como sostiene el psicólogo, a la luz de los desarrollos en ciencias como la primatología (de Waal, 1982, 1991, 1996; de Waal y Lanting, 1997; Goodall, 1986), la psicología experimental (Wilson, 1993; Kagan, 1984) o la neurociencia (Damasio, 1994; Gazzaniga, 1986), este enfoque de la formación de los juicios morales demuestra haber perdido vigencia. En su búsquedas recién mencionadas, Haidt propone el ‘modelo intuicionista social’. Su núcleo conceptual sostiene que la formación de juicios morales está influenciada predominantemente por aspectos emocionales y sociales que se manifiestan en la consciencia en forma de ‘intuiciones’, esto es, como evaluaciones pre-racionales rápidas⁶:

6. Dado que el modelo intuicionista social posee múltiples conexiones entre las variables ‘intuición’, ‘juicio’ y ‘razonamiento’ (6), así como también busca complejizar la formación de juicios al introducir el vínculo interpersonal (persona A y persona B), para no desviar el desarrollo específico del artículo en cuestión no profundizaré en ello. Recomiendo al lector interesado leer el texto completo de Haidt (2001).



Según este modelo, el rol de la cognición racional en la formación de juicios morales se encuentra subordinado al de la cognición intuitiva, ya que en este caso el razonamiento moral es generalmente *post-hoc*, es decir, su función es ante todo la de racionalizar juicios ya condicionados a nivel intuitivo. Esto no significa, no obstante, que el único rol del razonamiento sea el de justificar intuiciones, dado que en su modelo se contempla la posibilidad de modificar tanto juicios como intuiciones a partir del razonamiento (las conexiones 5 y 6). El énfasis en la cognición intuitiva y social del modelo busca evidenciar que se trata de un rol menos constante del que se supuso tradicionalmente. A su vez, otro aspecto importante a resaltar es que la modelización realizada por Haidt busca *describir* el funcionamiento psicológico de la moral, no *prescribir* cómo debe ser un comportamiento ético.

Nuevamente, remitiéndome a las investigaciones citadas más arriba, este modelo muestra ser congruente no sólo con las investigaciones que cita Haidt en su artículo, sino también con investigaciones de los últimos meses, como los estudios focalizados en los condicionamientos de los sesgos cognitivos en la prevención del contagio del coronavirus. Todo esto explicita que el modelo propuesto por el psicólogo norteamericano posee hoy un rol insoslayable en la comprensión de la formación de juicios morales y, en lo que respecta a este artículo en particular, a las influencias de tipo socio-emocionales tras el asentamiento de las TC antivacuna.

Habiendo desarrollado los aspectos generales del enfoque intuicionista social de Haidt, ahora es posible retomar la hipótesis principal de este artículo, relacionada con la ausencia de la EMC en las producciones de los últimos meses: el problema principal de la EMC tradicional a la hora de abordar las características de las TC antivacuna no se debe sólo a las características del paradigma posverídico de la información y a la

proliferación de *fake news*, sino, ante todo, al fundamento socio-emocional –relacionado con la cognición intuitiva– que subyace tanto a la posverdad como a las TC en sí mismas. Este fundamento obstaculiza la aplicación de criterios normativos basados en un enfoque racionalista de la moral. Aún más, a la luz de los estudios expuestos en este artículo, dicho enfoque promueve un abordaje idealizado de la moral que termina por descuidar las motivaciones, decisiones y comportamientos de los individuos concretos.

Con el fin de promover una reconsideración de su relevancia en el contexto actual, la EMC precisa una actualización de sus fundamentos metateóricos y, en consecuencia, de su metodología de investigación. Es menester considerar la posibilidad de que esta disciplina ya no pueda pensarse como una Ética aplicada en los términos tradicionales, por el hecho de que gran parte de las Éticas normativas, por su énfasis en las motivaciones, decisiones y/o comportamientos racionales de los agentes, suelen perder de vista el condicionamiento de la cognición intuitiva en los individuos concretos. Al no considerar dicho tipo de cognición, aspectos tan fundamentales como la influencia de los sesgos cognitivos suelen ser obviados, asumiendo que se trata de aspectos prescindibles del proceso de formación de los juicios morales. Resulta plausible afirmar que esta es una de las razones principales por la cual la EMC no estuvo presente en las producciones de los últimos meses. No obstante, por otro lado, tampoco es adecuado considerar que esta disciplina debería reducirse a la descripción de sesgos cognitivos, dado que significaría perder el aspecto normativo esencial a su constitución disciplinaria. Es necesario hallar una vía intermedia.

Ahora bien, a esta búsqueda de una vía intermedia podría criticársele el hecho de que está destinada al fracaso desde su mismo inicio, dado que supone que existe la posibilidad de hacer coincidir dos aspectos en gran medida incompatibles, a saber, la racionalidad y las emociones. De hecho, en la Ética periodística ya ha habido intentos de efectivizar dicho vínculo. Un ejemplo de ello son los desarrollos del filósofo y eticista de medios John Merrill (Merrill, 1997, p. 214; Merrill, 1981, p. 134). Según Carlos Camponez, especialista en ciencias de la comunicación, la propuesta de Merrill podría ser definida como una ‘deontética apolonisíaca’, la cual a pesar de resultar novedosa en su propósito de concretar una intersección entre razón y emoción en la Ética periodística, termina por “articular supuestos teóricos irreconciliables y, de alguna manera, no es más que la búsqueda de una fuga del problema, la cual deja incólumes –pero también insolubles– los presupuestos que están en su origen” (2014, p. 115). Entonces, ¿cuál podría ser una vía intermedia que no caiga en la pretensión de conciliar aspectos irreconciliables?

En principio es preciso resaltar el hecho de que la distinción entre dos tipos de cognición diferentes sostenida por las teorías de proceso dual forma parte de modelos científicos realizados con el fin de realizar un examen de las características generales de, en este caso, la formación de los juicios morales. Si no se tiene en cuenta que

se trata de modelos, puede perderse de vista el importante detalle de que ambos procesos o sistemas agrupan diversos aspectos psicológicos con un límite difuso entre ellos (Bellini-Leite, 2018). Lo borroso de dicho límite se evidencia no sólo en la experiencia individual, en la cual pocas veces es posible distinguir de manera clara y distinta entre, por ejemplo, una decisión puramente racional o una puramente emocional, sino también a nivel cerebral (no existen estructuras neuronales exclusivamente correlacionadas con la racionalidad o con las emociones). De modo que la búsqueda de una vía intermedia aquí propuesta no pretende conciliar dos sistemas absolutos completamente opuestos entre sí, simplemente por el hecho de que esos absolutos no existen.

La clave argumental más importante desarrollada en esta sección es la siguiente: el énfasis que el modelo ‘intuicionista social’ pone en el rol de la cognición intuitiva en la formación de juicios morales permite sacar a la luz el hecho de que la cognición racional no posee la capacidad de establecer unas bases normativas con la solidez que generalmente se pretende en la EMC, particularmente en un contexto en el que la posverdad es ya un fenómeno establecido. Un objetivo fundamental a futuro sería hallar un modo en el que el tipo de normatividad Ética que fundamenta la EMC tenga en consideración los aportes de investigaciones contemporáneas como las de Haidt y que, en consecuencia, contemple las múltiples complejidades inherentes a la psicología moral humana, esto es, no suponiendo agentes ideales poseedores de una racionalidad capaz de someter sus ‘inclinaciones’ emocionales, sino individuos concretos influidos por sus sesgos cognitivos y situados en un contexto mediático que favorece continuamente dicha influencia.

Otra crítica plausible a la propuesta de este artículo es el hecho de que en esta revisión de los supuestos normativos metateóricos de la EMC se estarían confundiendo dos dominios diferentes: por un lado, una ética profesional y, por otro lado, una ética pública. Según esta distinción, si bien la ética pública, en la cual se consideran los criterios éticos para los individuos en general, precisaría contemplar los condicionamientos cognitivos explicitados por la psicología moral, éticas profesionales como la EMC podrían continuar suponiendo con toda legitimidad una normatividad estrictamente racional a la hora de elaborar sus códigos morales. Un contraargumento de esta crítica va en la línea de lo recién desarrollado: continuar fundando la EMC en una normatividad que supone un modelo racionalista de la formación de juicios morales implica, al mismo tiempo, continuar suponiendo agentes ideales, exentos de la influencia que podrían estar ejerciendo en ellos los sesgos cognitivos que son favorecidos por el paradigma posverídico. Esto no implica, claro está, que la EMC deba desentenderse de las potencialidades de la cognición racional y/o de la normatividad ética.

Una tercera y última crítica posible a considerar es el hecho de que en este artículo se habría hecho un hincapié desmedido en el alcance actual de las *fake news*

en particular y de la posverdad en general. Es decir, si bien al analizar medios como las redes sociales ambos fenómenos sí podrían ser considerados como tendencias establecidas, en medios profesionales que cuentan con un asesoramiento constante de la información que es publicada, este problema no sería tal. Pues bien, volviendo a lo desarrollado en la segunda sección, hay dos características de la posverdad que permitirían rebatir esta crítica: en primer lugar, según se enfatizó más arriba, el paradigma posverídico de los medios de comunicación se caracteriza por una constante apelación a las emociones. En segundo lugar, la posverdad también se caracteriza por ser un fenómeno en el cual, a partir de ‘hechos’, es posible favorecer el asentamiento en la opinión pública de ciertas interpretaciones de esos ‘hechos’ que varían según cuál sea su contexto de difusión (p. ej., Iyengar & Massey, 2019; Jaques, Islar & Lord, 2019). En otros términos, por más recaudos metodológicos que se tomen en el registro y/o publicación de cierta información, su interpretación actualmente muestra ser pasible de ser posteriormente manipulada. A la luz de los dos puntos mencionados cabe destacar que por más recaudos y asesoramiento que se posean en el contexto de publicación de una información dada, son los contextos de difusión posteriores, particularmente las redes sociales (McIntyre, 2018, p. 63), los que favorecerían un terreno propicio para su manipulación.

De modo que, a la luz del modelo intuicionista social, una vía posible para la revisión metateórica de la EMC consistiría en abarcar no sólo las potencialidades de la cognición racional, sino también las variables que son introducidas por la cognición intuitiva en el proceso de formación de los juicios morales. Esto es, no sólo analizar los medios desde el punto de vista de las Éticas normativas tradicionales, sino incluir dicho análisis en el marco de las características cognitivas de los sujetos reales para así lograr contemplar tanto las dificultades como los posibles aportes de los aspectos socio-emocionales de la cognición. De este modo la investigación en EMC conseguiría, por un lado, conservar el nivel prescriptivo de la disciplina y, por otro lado, resultar congruente con los desarrollos actuales en psicología moral.

Conclusiones

A la hora de buscar posibles soluciones a la emergencia y difusión de las teorías conspirativas antivacuna, la Ética de los medios de comunicación ha sido una disciplina poco visitada en las producciones académicas de los últimos meses. En un primer análisis resultaría plausible hipotetizar que dicha ausencia podría deberse a una desactualización de esta disciplina respecto de las características de los medios masivos dominados por la posverdad y las *fake news*. No obstante, según he fundamentado en este artículo, la razón principal parece ser más profunda: se debe a un descuido de las características propias de la cognición intuitiva derivado de la metodología tradicional en las Éticas aplicadas, a saber, la aplicación de criterios normativos a problemas morales relacionados con los medios de comunicación. A la luz de la

perspectiva intuicionista social de Jonathan Haidt, el origen de dicho descuido surge del modelo racionalista de la formación de juicios morales que supone gran parte de las Éticas normativas canónicas de las cuales la Ética de los medios de comunicación obtiene su base normativa. Con el fin de actualizar y revitalizar esta disciplina, una vía metateórica plausible sería incluir la cognición intuitiva como un aspecto constitutivo de su metodología de investigación, dado que de esa manera el análisis ético podría situarse en el marco de las características psicológicas de los individuos concretos.

Vale aclarar que la propuesta que he desarrollado aquí no implica sugerir que la Ética de los medios de comunicación debería dejar de considerarse una Ética aplicada, sino, más bien, que un objetivo importante a futuro debería ser complejizar las variables involucradas en su metodología de análisis. Por un lado, la cognición racional permitiría analizar los criterios normativos pertinentes a ser aplicados en determinada situación; por otro lado, la cognición intuitiva enmarcaría dicho análisis en un contexto concreto constituido por individuos condicionados por sesgos cognitivos. Es probable que esta actualización de los fundamentos metateóricos de la Ética de los medios de comunicación colabore en la proliferación de reflexiones y producciones vinculadas a ella, así como también explicita los potenciales aportes que podría realizar esta disciplina a la reflexión de las características del contexto actual.

Vale señalar, por último, que los problemas metateóricos mencionados en relación con la Ética de los medios de comunicación parecen señalar una dificultad aún más compleja que la desarrollada en este artículo. Esto es, siendo que el problema de fondo no es de la Ética de los medios de comunicación en sí misma sino de las Éticas racionalistas de las cuales esta disciplina obtiene su fundamento normativo, las dificultades metateóricas procederían ante todo de dichas Éticas filosóficas. Quedará pendiente para próximos desarrollos la investigación en profundidad de este problema⁷.

Agradecimientos

El autor agradece al Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET, Argentina) y a la Universidad Nacional de La Plata por el apoyo financiero.

7. En un desarrollo reciente se ha explorado la relevancia del trabajo transdisciplinario a la hora de hallar posibles soluciones, en la era post COVID-19, al problema metateórico señalado (Suárez-Ruiz, 2021). A su vez, en otro artículo publicado este año, se ha realizado un análisis de las consecuencias de dicho problema en la enseñanza de Ética, a la luz de investigaciones actuales sobre pensamiento crítico y metacognición (Suárez-Ruiz & González-Galli, 2021).

Referencias bibliográficas

- Abalakina-Paap M., Stephan W., Craig T., *et al.* (1999). Beliefs in conspiracies. *Political Psychology*, (20), 637-647. <https://doi.org/10.1111/0162-895X.00160>.
- Ahmed, W., Vidal-Alaball, J., Downing, J., & Seguí, F. (2020). COVID-19 and the 5G conspiracy theory: Social network analysis of Twitter data. *Journal of Medical Internet Research*, 22(5). <https://doi.org/10.2196/19458>.
- Alimardani, M., & Elswah, M. (2020). Trust, Religion, and Politics: Coronavirus Misinformation in Iran. *2020 Misinfodemic Report: COVID-19 in Emerging Economies*. SSRN. <https://ssrn.com/abstract=3634677>. <http://dx.doi.org/10.2139/ssrn.3634677>.
- Arslan G., Yıldırım M., Tanhan A., Bulus M., & Allen, K. (2020). Coronavirus stress, optimism-pessimism, psychological inflexibility, and psychological health: Psychometric properties of the Coronavirus Stress Measure. *International Journal of Mental Health and Addiction*. <https://doi.org/10.1007/s11469-020-00337-6>.
- Asch, S. (1956). Studies of Independence and conformity: I. A minority of one against a unanimous majority. *Psychological Monographs*, 70(9), 1-70. <https://doi.org/10.1037/h0093718>.
- Badur, S., Ota, M., Öztürk, S., Adegbola, R., & Dutta, A. (2020). Vaccine confidence: the keys to restoring trust. *Human Vaccines & Immunotherapeutics*, 16(5), 1007-1017. <http://doi.org/10.1080/21645515.2020.1740559>.
- Bago, B., Rand, D., & Pennycook, G. (2020). Fake news, fast and slow: Deliberation reduces belief in false (but not true) news headlines. *Journal of Experimental Psychology*, 49(8), 1608-1613. <http://doi.org/10.1037/xge0000729>.
- Bellini-Leite, S. (2018). Dual process theory: Systems, types, minds, modes, kinds or metaphors? A critical review. *Review of Philosophy and Psychology*, 9(2), 213-225. <https://doi.org/10.1007/s13164-017-0376-x>.
- Brand, C. (Ed.) (2016). *Dual-Process Theories in Moral Psychology*. Springer. <https://doi.org/10.1007/978-3-658-12053-5>.
- Browne, M., Thomson, P., Rockloff, M., & Pennycook, G. (2015). Going against the Herd: Psychological and Cultural Factors Underlying the ‘Vaccination Confidence Gap’. *PLoS ONE*, 10(9), e0132562. <http://doi.org/10.1371/journal.pone.0132562>.
- Camponez, C. (2014). Entre verdade e respeito—por uma ética do cuidado no jornalismo. *Comunicação e Sociedade*, 25, 110-123. [https://doi.org/10.17231/comsoc.25\(2014\).1863](https://doi.org/10.17231/comsoc.25(2014).1863).
- Čavojová, V., Šrol, J., & Mikušková, E. (2020). Scientific reasoning as a predictor of health related beliefs and behaviors in the time of covid-19. *PsyArXiv Preprints* <https://doi.org/10.31234/osf.io/tfy5q>.

- Christians, C., Fackler, M., Brittain Richardson K., Kreshel, P., & Woods, R. (2017 [1983]). *Media Ethics: Cases and Moral Reasoning*, 10th ed. Routledge. <https://doi.org/10.4324/9780429282249>.
- Cichočka, A., Marchlewska, M., Golec de Zavala, A., & Olechowski, M. (2015). 'They will not control us': Ingroup positivity and belief in intergroup conspiracies. *British Journal of Psychology*, (107), 556-576. <http://doi.org/10.1111/bjop.12158>.
- Cosentino, G. (2020). *Social Media and the Post-Truth World Order: The Global Dynamics of Disinformation*. Palgrave Macmillan. <https://doi.org/10.1007/978-3-030-43005-4>.
- Damasio, A. (1994). *Descartes' error: Emotion, reason, and the human brain*. G. P. Putnam's Sons.
- de Waal, F. (1982). *Chimpanzee politics*. Harper and Row.
- de Waal, F. (1991). The chimpanzee's sense of social regularity and its relation to the human sense of justice. *American Behavioral Scientist*, (34), 335-349.
- de Waal, F. (1996). *Good natured: The origins of right and wrong in humans and other animals*. Harvard University Press.
- de Waal, F., & Lanting, F. (1997). *Bonobo: The forgotten ape*. University of California Press.
- Douglas, K., Sutton, R. & Cichočka, A. (2017). The Psychology of Conspiracy Theories. *Current Directions in Psychological Science*, 26(6), 538-542. <http://doi.org/10.1177/0963721417718261>.
- Douglas, K., Uscinski, J., Sutton, R., Cichočka, A., Nefes, T., Siang Ang, C., & Devrari, F. (2019). Understanding conspiracy theories. *Political Psychology*, (40), 3-35. <https://doi.org/10.1111/pops.12568>.
- Dyer, O. (2020). Trump claims public health warnings on covid-19 are a conspiracy against him. *The British Medical Journal*, 368. <http://doi.org/10.1136/bmj.m941>.
- Egelhofer, J., & Lecheler, S. (2019). Fake news as a two-dimensional phenomenon: a framework and research agenda. In *Annals of the International Communication Association* (vol 43, issue 2, pp. 97-116). <https://doi.org/10.1080/23808985.2019.1602782>.
- Ellis, E. (2020, abril 2). The coronavirus outbreak is a petri dish for conspiracy theories. *Wired*. www.wired.com/story/coronavirus-conspiracy-theories/.
- Gazzaniga, M. (1985). *The social brain*. Basic Books.
- Georgiou, N., Delfabbro, P., & Balzan, R. (2020). *covid-19-related conspiracy beliefs and their relationship with perceived stress and pre-existing conspiracy beliefs*.

- Personality and Individual Differences*, 166, 110201. <http://doi.org/10.1016/j.paid.2020.110201>.
- Ghinai, I., Willott, C., Dadari, I., & Larson, H. (2013). Listening to the rumours: what the northern Nigeria polio vaccine boycott can tell us ten years on. *Glob Public Health*, (8), 1138-1150. <https://doi.org/10.1080/17441692.2013.859720>.
- Goodall, J. (1986). *The chimpanzees of Gombe: Patterns of behavior*. Belknap Press, Harvard University Press.
- Greene, J. (2013). *Moral tribes*. The Penguin Press.
- Haidt, J. (2001). The emotional dog and its rational tail: a social intuitionist approach to moral judgment. *Psychological Review*, (108), 814-834. <https://doi.org/10.1037/0033-295X.108.4.814>.
- Han, S. (2017). *The social cultural brain: Cultural neuroscience approach to human nature*. Oxford University Press.
- Harper, C., Satchell, L., Fido D., & Latzman, R. (2020). Functional fear predicts public health compliance in the COVID-19 pandemic. *International Journal of Mental Health and Addiction*, 19, 1875-1888. <http://doi.org/10.1007/s11469-020-00281-5>.
- Imhoff, R., & Bruder, M. (2014). Speaking (un-)truth to power: conspiracy mentality as a generalized political attitude. *European Journal of Personality*, 28, 25-43. <https://doi.org/10.1002/per.1930>.
- Imhoff, R., & Lamberty, P. (2020). A bioweapon or a hoax? The link between distinct conspiracy beliefs about the Coronavirus disease (COVID-19) outbreak and pandemic behavior. *PsyArXiv Preprints*. <https://doi.org/10.31234/osf.io/ye3ma>.
- Iyengar, S., & Massey, D. (2019). Scientific communication in a post-truth society. *Proceedings of the National Academy of Sciences of the United States of America*, 116(16), 7656-7661. <http://doi.org/10.1073/pnas.1805868115>.
- Jaques, C., Islar, M., & Lord, G. (2019). Post-Truth: Hegemony on social media and implications for sustainability communication. *Sustainability*, 11(7), 2120. <https://doi.org/10.3390/su11072120>.
- Jørgensen, F., Bor, A., & Petersen, M. (2020). Compliance Without Fear: Predictors of Protective Behavior During the First Wave of the covid-19 Pandemic. *Br J Health Psychol.*, 26(2), 679-696. <http://doi.org/10.1111/bjhp.12519>.
- Kagan, J. (1984). *The nature of the child*. Basic Books.
- Kahneman, D. (2012). *Pensar rápido, pensar despacio*. Debate.
- Kalpokas, I. (2019). *A Political Theory of Post-truth*. McMillan Palgrave.
- Kofta, M., & Sedek, G. (2005). Conspiracy stereotypes of Jews during systemic transformation in Poland. *International Journal of Sociology*, 35(1), 40-64. <https://doi.org/10.1080/00207659.2005.11043142>.

- Kossowska, M., & Bukowski, M. (2015). Motivated roots of conspiracies: The role of certainty and control motives in conspiracy thinking. In M. Bilewicz, A. Cichocka & W. Soral (Eds.), *Psychology of conspiracy* (pp. 145-161). Taylor & Francis Group.
- Kruger, J., & Dunning, D. (1999). Unskilled and Unaware of It: How Difficulties in Recognizing One's Own Incompetence Lead to Inflated Self-Assessments. *Journal of Personality and Social Psychology*, 77(6), 1121-1134. <https://doi.org/10.1037/0022-3514.77.6.1121>.
- Lazer, D., Baum, M., Benkler, J., Berinsky, A., Greenhill, K., Metzger, M., Nyhan, B., Pennycook, G., Rothschild, D., Schudson, M., Sloman, S., Sunstein, C., Thorson, E., Wattsand, D., & Zittrain, J. (2018). The science of fake news. *Science*, 359(6380), 1094-1096. <http://doi.org/10.1126/science.aao2998>.
- Marchlewska, M., Cichocka, A., & Kossowska, M. (2018). Addicted to answers: Need for cognitive closure and the endorsement of conspiracy beliefs. *European Journal of Social Psychology*, 48, 109–117. <https://doi.org/10.1002/ejsp.2308>
- Martarelli, C., & Wolff, W. (2020). Too bored to bother? Boredom as a potential threat to the efficacy of pandemic containment measures. *Humanit Soc Sci Commun*, 7(28). <https://doi.org/10.1057/s41599-020-0512-6>.
- McComiskey, B. (2017). *Post-Truth Rhetoric and Composition*. Utah State University Press.
- McIntyre, L. (2018). *Post-truth*. MIT Press.
- Merrill, J. (1997). *Journalism Ethics: Philosophical foundations for news media*. S. Martins's Press.
- Merrill, J. (1981). El periodista 'apolonisíaco'. In J. Merrill & R. Barney, *La Prensa y la Ética: Ensayo sobre la moral de los medios masivos de comunicación* (pp. 134-150). Editorial Universitaria de Buenos Aires.
- Naughton J. (2020, março 14). Fake news about Covid-19 can be as dangerous as the virus. *The Guardian*. www.theguardian.com/commentisfree/2020/mar/14/fake-news-about-covid-19-can-be-as-dangerous-as-the-virus.
- Nyhan, B., & Reifler, J. (2018). The Roles of Information Deficits and Identity Threat in the Prevalence of Misperceptions. *Journal of Elections, Public Opinion and Parties*, 29(2), 222-244. <https://doi.org/10.1080/17457289.2018.1465061>.
- O'Connor, C. & Murphy, M. (2020). Going viral: doctors must tackle fake news in the covid-19 pandemic. *Br. Med. J.*, (369), 1. <http://doi.org/10.1136/bmj.m1587>.
- Oliver, J., & Wood, T. (2014). Medical conspiracy theories and health behaviors in the United States. *JAMA Internal Medicine*, 174(5), 817. <https://doi.org/10.1001/jamainternmed.2014.190>.

- Oxford Dictionary, English (2016). *Word of the Year 2016*. <https://en.oxforddictionaries.com/word-of-the-year/word-of-the-year-2016>.
- Patterson, P., & Wilkins, L. (2002). *Media Ethics: Issues and Cases* (9th ed.). Rowman & Littlefield.
- Pulido, C., Villarejo-Carballido, B., Redondo-Sama, G., & Gómez, A. (2020). COVID-19 infodemic: More retweets for science-based information on coronavirus than for false information. *International Sociology*. <http://doi.org/10.1177/0268580920914755>.
- Pummerer, L., & Sassenberg, K. (2020). Conspiracy theories in times of crisis and their societal effects: Case “corona”. *PsyArXiv Preprints*. <https://doi.org/10.31234/osf.io/y5grn>.
- Sander-Staudt, M. (2018). Care Ethics: A Different Voice for Communication and Media Ethics. In P. Plaisance (Ed.), *Communication and Media Ethics*. Gruyter.
- Schmidt, A., Zollo, F., Scala, A., Betsch, C. & Quattrocioni, W. (2018). Polarization of the vaccination debate on Facebook. *Vaccine* 36(25), 3606–3612. <http://doi.org/10.1016/j.vaccine.2018.05.040>.
- Schneider, S., Eger, J., Bruder, M., Faust, J., Betsch, C., & Wieler, L. (2020). Does the COVID-19 pandemic threaten global solidarity? Evidence from Germany. *PsychArchives*. <http://dx.doi.org/10.23668/psycharchives.3074>.
- Setbon, M., & Raude, J. (2010). Factors in vaccination intention against the pandemic influenza A/H1N1. *European Journal of Public Health*, 20(5), 490-494. <https://doi.org/10.1093/eurpub/ckq054>.
- Steiner, L. (2009). Feminist media ethics. In L. Wilkins & C. Christians (Eds.), *The handbook of mass media ethics* (pp. 366-381). Routledge.
- Stephens, M. (1997). History of newspapers. *Collier's Encyclopedia*. Crowell, Collier and Macmillan.
- Suárez-Ruíz, E. (2021). Medio ambiente, medios de comunicación y psicología moral. Sobre el potencial de la convergencia disciplinaria en una bioética animal post-pandemia. *Revista de Bioética y Derecho*, (52), 265-286. <https://doi.org/10.1344/rbd2021.52.32202>.
- Suárez-Ruíz, E., & González-Galli, L. (2021). Puntos de encuentro entre pensamiento crítico y metacognición para repensar la enseñanza de ética. *Sophia*, (30): 181-202.
- Teovanovic, P., Lukic, P., Zupan, Z., Lazić, A., Ninković, M., & Zedelj, I. (2020). Irrational beliefs differentially predict adherence to guidelines and pseudoscientific practices during the COVID-19 pandemic. *PsyArXiv Preprints*. <https://doi.org/10.31234/osf.io/gefhn>.

- Tillman, J. (2016). *An Integrative Model of Moral Deliberation*. Palgrave Macmillan. https://doi.org/10.1057/978-1-137-49022-3_4
- Van Bavel, J., Baicker, K., Boggio, P., Capraro, V., Cichocka, A., Cikara, M., Crockett, M., Crum, A., Douglas, K., Druckman, J., Drury, J., Dube, O., Ellemers, N., Finkel, E., Fowler, J., Gelfand, M., Han, S., Haslam, S., Jetten, J., Kitayama, S., Mobbs, D., Napper, L., Packer, D., Pennycook, G., Peters, E., Petty, R., Rand, D., Reicher, S., Schnall, S., Shariff, A., Skitka, L., Smith, S., Sunstein, C., Tabri, N., Tucker, J., Linden, S., Lange, P., Weeden, K., Wohl, M., Zaki, J., Zion, S., Kitayama, S., Mobbs, D., Napper, L., Packer, D., Pennycook, G., Peters, E., Petty, R., Rand, D., Reicher, D., Schnall, S., Shariff, A., Skitka, L., Smith, S., Sunstein, C., Tabri, N., Tucker, J., Linden, S., Lange, P., Weeden, K., Wohl, M., Zaki, J., Zion, S. & Willer, R. (2020). Using social and behavioural science to support COVID-19 pandemic response. *Nature Human Behaviour*, 4, 460-471. <https://doi.org/10.1038/s41562-020-0884-z>.
- Van Prooijen, J.-W., & Douglas, K. (2017). Conspiracy theories as part of history: the role of societal crisis situations. *Mem. Stud.*, 10, 323-333.
- Wason, P. (1960). On the Failure to Eliminate Hypotheses in a Conceptual Task. *Quarterly Journal of Experimental Psychology*, 12, 129-140.
- Wilson, J. (1993). *The moral sense*. Free Press.
- Zhao, Z., Zhao, J., Sano, Y., Levy, O., Takayasu, H., Takayasu, M., Li, D., Wu, J., & Havlin, S. (2020). Fake news propagates differently from real news even at early stages of spreading. *EPJ Data Science*, 9(1). <http://doi.org/10.1140/epjds/s13688-020-00224-z>.